

Un Inventor de Estrellas

por *Pablo Neruda*

Un hombre dormía en su habitación de un hotel de París hace algunos años. Como era un decidido trasnochante no se sorprenda usted si le cuento que eran las doce del día y el hombre seguía durmiendo.

Pero tuvo que despertar. La pared de la izquierda cayó de pronto demolida. Luego se derrumbó la del frente. No se trataba de un bombardeo. Por los socavones recién abiertos penetraron obreros con bigotes y picota en mano, los que dirigiéndose al durmiente lo increparon:

—¡Eh, leve-toi, bourgeois! ¡Una copa con nosotros!

Se destapaba el champagne. Entró un alcalde, con banda tricolor al pecho. Sonó una fanfarria con los acordes de La Marsellesa.

Sucedía que en el sitio del dormitorio del durmiente se había producido el punto de unión de dos tramos del ferrocarril subterráneo de París, en construcción.

Desde el momento que aquel hombre me contó esta historia, decidí ser su amigo, o más bien su adepto o su discípulo. La verdad es que no quise perderme nada de lo que le pasara en su vida. Y como le sucedían tantas cosas extraordinarias lo seguí a través de varios países. Comprendí a tiempo que yo debía estar cerca de aquel ser fabuloso. No sólo necesitaba conocer los extraños acontecimientos que este hombre incitaba, sino que incorporarlos a mi expresión, encaminarlos a mi fantasía. Nunca pude lograrlo, como tampoco lo alcanzó Federico García Lorca, que adoptó mi posición ante el fenómeno.

Precisamente, estábamos sentados con Federico en la Cervecería de Correos, junto a la Cibeles, en Madrid, cuando el durmiente de París irrumpió en la reunión. Aunque mapamúndico de apariencia, llegó desencajado.

—¿Qué le pasa al amigo? ¿Qué trastorno le mortifica?, prorrumpimos Federico y yo —que ya lo amábamos tiernamente— sobresaltados por su alarmante fisonomía.

Como siempre le había acontecido lo fabuloso.

Parece que se disponía a reposar en su modesto, modestísimo escondrijo de Madrid. A esa hora, después de haber recorrido los cafés de la urbe, quiso ordenar sus papeles musicales. Porque olvidé decir que nuestro protagonista era un músico mágico. ¿Y qué pasó?

Nos relató, primero con reticencia y luego con amplitud, los sucesos de aquella noche fantasmal.

¹ El compositor chileno Acario Cotapos, Premio Nacional de Arte en Música, 1960, murió en Santiago de Chile el 22 de noviembre de 1969.

Un coche se había detenido a la puerta. Oyó como subían las escalas y golpeaban a la puerta. Sintió los pasos que resonaban en la pieza vecina. Escuchó crujir una cama bajo el peso de un nuevo habitante del hotel.

Lo espantoso fue que a cierta hora el viandante comenzó a roncar. Al principio era un susurro su ronquido. Más tarde comenzó a estremecer el ambiente. Después, los armarios, las paredes se movían con el impulso rítmico del gran roncador.

Mi amigo se desesperó. Su vecino no era un hombre, sino un animal. Era tal vez un Jabalí. Y cuando sus inmensos ronquidos se desataron como una catarata ya no tuvo ninguna duda: se trataba del Jabalí Cornúpeto.

Tardes más tardes continuó aventurando la aventura. No era un ser humano. Su estruendo estremecía las basílicas, obstruía las carreteras, llegaba hasta el mar. ¿Qué iba a pasar con este peligro planetario, con este Jabalí que amenazaba la paz de Europa?

Escuchábamos a mi amigo cada tarde. Federico, Rafael Alberti, el poeta Altolaguirre, el escultor Alberto, el extremeño Fulgencio Díaz Pastor, Miguel Hernández, de Orihuela. Todos nosotros lo recibíamos anhelantes, lo despedíamos con ansiedad. ¿Qué catástrofe se aproximaba?

Una vez llegó con la cara llena de su risa antigua y globular. El pavoroso problema había sido resuelto.

Era el tiempo del "Graaf Zeppelin". La nave alemana transvolaba los Continentes. Juntos vimos el gran salchichón aéreo cruzar sobre nuestras cabezas el cielo de Madrid. Era imponderable, majestuoso y delicado.

Pues bien, según nuestro amigo, en uno de los vuelos de la aeronave se había podido transportar al Jabalí Cornúpeto. El único espacio para dejarlo caer, en el globo terráqueo, descartado el desierto de Gobi, fue la inmensidad de la selva brasilera. Los grandes árboles lo nutrirían. Se bebería de una sentada el Orinoco.

Los preparativos fueron meticulosos. Ingenieros y expertos de la Alemania, los mismos que más tarde prepararían la bomba V, se preocuparon de calibrar, centralizar y realizar con exactitud el descenso de la enorme bestia. La operación fue colmada por el éxito y allí quedó, en la inmensidad selvática, atronando la tierra con sus terribles ronquidos.

De las muchas fábulas con que mi amigo nos fascinó durante su existencia, ésta era la que más gustaba a Federico. La oía estallando de risas, o con los ojos cerrados por la emoción.

Después de la muerte de Federico, el fabulador nunca volvió a contar la historia del Jabalí Cornúpeto. Ya tampoco la podría contar. Acaba de morir.

El chileno genial, el músico gigantesco, el derrochador de inigualadas historias, se llamó en la vida Acario Cotapos. Por decisión del destino me tocó hablar en el entierro de este hombre inenterrable. Dije de él, solamente: "Hoy entregamos a las sombras a un ser resplandeciente que nos regalaba una estrella cada día".